

“EL SUTIL JARDÍN DE COLGANTE”: PATRICIA COTO Y SU PALABRA A TIEMPO

Por ADRIÁN FERRERO

Año 1992. Mi vida sufre un traspie (que no elijo) por completo inesperado y sacude mi existencia. Puedo evocar la certidumbre invariable de la presencia de mi familia. Y, en particular, la de la poeta y Dra. en Letras por la UNLP Patricia Coto así como la de la por entonces Prof. en Letras por la UNLP, Luciana Vázquez, desprejuiciadas y entrañables, a todos quienes este texto pretende evocar en un tributo agradecido. Sé que esta clase de publicaciones entrañan siempre riesgos (que asumo) y suponen un alto nivel de exposición (que también asumo). Pero la escritura es y debe ser riesgo si es verdadera y humanista. Y como me dijo cierta vez una maestra que tuve, “Siempre es mejor afrontar que escabullirse”. A lo que agregaría yo: “Enfrentar a los fantasmas ahuyenta y disipa los miedos. Individuales y sociales. Lo tan temido”. Fácil sería eludir estos temas (ha sido lo habitual). Pero esa no es la solución social. Tengo la más íntima convicción de que este texto servirá a muchas personas. Yo en lo personal, le encuentro un sentido (muchos) y un fundamento fuertemente ético persuasivo para quien elige escribirlo y publicarlo haciendo acto de presencia. Yo, para el caso, asumiendo una primera persona poderosa. Por carácter transitivo, lo tendrá para otros. Entre la crítica literaria, que se desliza hacia matices fuertemente autobiográficos, la revelación tiene lugar. Y esa revelación sacude tanto como, por lo general, provoca conmoción y emoción. Esta crónica autobiográfica. Agradezco muy especialmente a mi Editora de Mendoza, de "Hay que decirlo, con libertad", Julieta Ruiz Díaz, de este Semanario, que tomó la decisión de un "Sí" rotundo a esta crónica autobiográfica que le propuse publicar allí. Gracias

1992. Un año cargado de tormentas en mi biografía, tal como Patricia Coto denomina a esa etapa con una dedicatoria conmovedora que consagra a toda mi familia. No me nombra, precisamente porque estoy ausente. Sin embargo, precisamente es mi presencia de amigo la que ella, en su palabra, está anhelando retorne lozana. Y por eso la invoca, tácitamente.

Es un año en el que el menemismo está, rabioso, en el poder, no conviene olvidarlo. Motivo por el cual además de la circunstancia arriba señalada de una borrasca en mi historia, se suma un destino para el país que se jugó entre la más sucia de las corruptelas, de los negociados, de las carroñas, acontecimientos del orden de lo macabro, otros de lo abominable, una cultura de la farandulización (como ha sido largamente indicado, por intelectuales como José Pablo Feinman), un neoliberalismo carnívoro que no perdonó a la Universidad pública (en la que Patricia Coto trabajaba, yo estudiaba y desde la que resistimos ambos, junto a muchos otros colegas) ni a la salud pública. No estábamos dispuestos a bajar los brazos ninguno de ambos, cada cual, desde sus respectivos lugares, aún con heridas. El destino se elige, se juega entre lo deliberado y lo involuntario, en una duplicidad del orden del misterio que por ahora al menos no estamos en

condiciones de desentrañar. Si se elige dar una batalla es porque no se elige dar un rodeo sino afrontar. Se confía en que, mediante una acción del orden de lo elegido, llena de inminencias que nos aguardan, podremos triunfar frente a una adversidad. Y debemos estar dispuestos a responder a ella con excelencia, con dignidad y de modo potente, sin bajar los brazos. De manera que leo este *Libro de la frontera*, de Patricia Coto, como un libro de batalla. Así como Paco Urondo tituló los suyos, "Poemas de batalla", en un sentido claramente muy distinto. Pero la analogía me sirve porque consiste en el punto según el cual la palabra incide en el orden de lo real para devenir acción certera. Se trata de una batalla que se libra y que aun siendo abatidos tenemos la convicción de estar dispuestos a volver a arremeter o, en todo caso, mejor aún, a permanecer en pie frente a sus atroces embates. Luego de recuperarnos. Luego de dar la patada debajo del agua, salir a la superficie, dar la bocanada, y salvarnos de la asfixia.

Las fronteras son zonas indecisas, limítrofes, bordes si así se quiere. Un *Libro de la frontera*, entonces, al fin y al cabo, será un libro que permanezca en un territorio inminente, pero al que aún no se ha llegado. O del que aún uno no ha partido. O en el que se permanece, pero no es el centro de un cierto distrito. Héctor Tizón, el gran prosista argentino en lengua española de todos los tiempos tiene un libro de artículos y ensayos, titulado *Tierra de fronteras*, que, en un sentido diferente, pero al mismo tiempo sumamente confluyente con el de Patricia Coto, bien podría nombrar las experiencias vividas en la ciudad de La Plata como una linde de Buenos Aires, de Argentina, pese a su circunstancia de destino de ser Capital de la Provincia de Buenos Aires. Ciudad que es Capital y sin embargo permanece en esa toponimia prescindible, segundona, de las orillas, de cuya literatura poco (en principio), podría esperarse. Pero eso está por verse. El notable investigador, cientista social, escritor, artista plástico, docente Aníbal Ford hizo hincapié en esta misma línea, pero sumó el antagonismo entre naciones desarrolladas y países del Tercer Mundos. Libros como este de Patricia llegan, al igual que los de Tizón y Aníbal Ford a hacer un acto de presencia primordial, así como Patricia lo hizo conmigo ese 1992 en el que también, efectivamente, hubo un relámpago, una peligrosa frontera que se cruzó que me hizo trastabillar, que me deslizó hacia un territorio en el que las leyes son otras, en el que reina lo confuso, ella supo en qué términos estaba teniendo lugar porque eligió custodiar como una vigía mi vida. Dejando a mi familia el pasaporte de este libro a esa frontera hacia la que peligrosamente nos habíamos derramado. Y que tan luego hoy, a casi finales de 2021, me entero de que había sido inscripta en una biblioteca que no me pertenece: la de mis padres, al encontrarme con su libro, dedicado a la familia, dedicado a mí, tácitamente.

Si el menemismo significó el derramamiento de sangre para la poesía, la degradación de toda literatura trabajada por creadores y creadoras seriamente pero no como un pasatiempo o una adulación a favor del poder, hay aquí indudablemente un acto de rebelión. Esto si me disculpan lo recalco de un modo incuestionable. *Libro de la frontera* es el libro que en el marco de la poética de Patricia se atreve a nombrar de otro modo la experiencia poética, más libre en sus significados, en sus formas, en sus recursos, dándose más permisos porque hay momentos en que hay metáforas que dejan perplejo. Tienen muchos matices, por un lado. Hay poemas que desordenan la lógica en su acepción convencional, la desacomodan y lo mismo hacen con una racionalidad instrumental que quizás precisamente por ese mismo caos reinante en la sociedad el libro expone descarnadamente como un espejo. Frente a una

sociedad distópica, el poema igualmente lo será. Enloquecerá en sus significantes y sus significados. Plasmando una urdimbre poética que es de la de cincel. Pero de la de un cincel que cifra el acontecimiento poético según este nuevo universo disruptivo: el vivido en Argentina. El que lo está siendo en ese instante. Y si bien existen zonas del poemario diáfanas, especialmente las consagradas a la escritura (que sin embargo no lo son tanto, porque también llaman a la insurrección y a la pregunta, a la interrogación por un acontecimiento que corresponde revisar y no va de suyo), Patricia Coto interroga, pregunta, sospecha, como si los signos se insubordinaran. Como si también fuera necesario no dar todo por sentado sino problematizar la herramienta misma con la que estamos trabajando si somos completamente honestos. Y ella lo es. Se trata de una serie de inquisiciones que al leer automáticamente brotan, sin una señalada voluntad por formularlas ni interpretar. Simplemente arriban por lo sugestivos que son los poemas. Su escritura desata inflexiones en el orden del pensamiento y, por lo tanto, en el orden del discurso.

Los paratextos de Rafael Felipe Oteriño (pórtico del libro), habla de monjes “invisibles y puros”, que son como archivos. En efecto, los monjes son y han sido siempre por excelencia custodios de un saber. Del saber de la fe. Y del saber propio de lo gnoseológico, del conocimiento inteligible. Esos archivos guardan. Al igual que un libro guarda, que una poeta guarda en tanto que lectora y custodia de otra clase de contenidos y belleza deslumbrante. De memoria de un tiempo histórico. Su libro es un archivo. Ella misma es un archivo. El libro posee contornos, bordes, filo (que puede ser cortante y hasta letal), que tienen forma y que es tangible. Libro que corta como escalpelo. Porque un libro también es un objeto material, no solo simbólico. Archiva, como bien indica Oteriño, saberes, conocimientos, oraciones, rituales, plasma imágenes, ritmos, una retórica y todo lo vinculado también a la fe. A la fe en la palabra y a la fe que cada quien le otorga al lenguaje en relación con sus creencias. En el caso de Patricia las premisas son claras. No hay ocultamiento ni en los poemas, ni en las dedicatorias, ni en los paratextos, ni en su vida pública. Pero la fe está en estrecha relación con la palabra. Más allá o más acá de creencias, la fe, profesada en sus distintas acepciones posibles, nos remite a un corpus de libros que leemos o que dejamos de leer. Por convicción o disenso. A ese archivo del cual habla Oteriño quizás. A esa biblioteca que tenemos y a aquella otra, la que no tendríamos jamás.

Entre aquel platense Rafel Felipe Oteriño que nos hablaba de monjes, archivos, jardines, arena y de lo invisible, llega este otro paratexto ya bien entrado el libro. Esta vez de un chileno. El de Pablo Neruda: ambos contienden desde sus poéticas y desde el significado más profundo de sus poéticas (lo sabemos). Dice el epígrafe de Pablo Neruda: “gastada primavera humana...”. La primavera llega cierta etapa de la vida en que aun siendo un estallido a la flor y al brote, siempre perenne en esa condición, deja de resultar tan flamante como habitualmente solía serlo. O lo es en la vida de ese yo lírico. Nuevamente regreso al leitmotiv del menemismo como clave de lectura contextual de *Libro de la frontera*, porque esa melancolía creo yo que pensamos devastadora e irredenta que nos embargó a varios de nosotros fue la que también nos invadió a medida que llegaban las primaveras, y el mundo no reverdecía sino se marchitaba. O seguía marchito. Se producían ciclos cuya circularidad paralizante entrañaban retrocesos, retaguardias, retracciones. Recuerdo que en una conferencia que dicté en una institución pública por entonces me referí al menemismo a propósito

del vaciamiento del Estado, con desprecio y una funcionaria pretendiendo hacer una escena (y supuestamente ofenderme) se levantó y se retiró de la sala de conferencias. Lo que, en verdad, con su prepotencia, su altanería y esa escena en medio de un panel que estaba teniendo lugar en el Centro Cultural del cual ella era la Directora, hizo un papelón. A mí no se me movió un pelo. Esta señora pasó delante de mis ojos como si viera la transparencia. Es el mismo gesto soberbio de quienes no aceptan estar atentos, escuchar, aprestarse al disenso. Ni polemizar con el semejante. Sino proceder a despreciar al distinto.

Frente a los “jardines” de Felipe Oterño, las “primaveras gastadas” de Neruda. Un contrapunto que define, en mi lectura contextual del libro, el ciclo vital de estaciones, biografías, etapas pero que sin embargo ciertas presencias corren el riesgo de arruinar. Esta duplicidad entre jardines y primaveras gastadas, traza el arco que va de la fe a la consternación. Pero aun así se sigue escribiendo, se sigue armando un libro y se lo sigue publicando en pleno 1992 como un acto de resistencia. Y se lo sigue dedicando de modo entrañable. Y se lo sigue regalando con el más completo cariño y desinterés a toda una familia, incluida su mascota. Como una contraseña esperanzada que indica que un futuro perenne nos aguarda. Como quien desliza de modo cómplice una llave para abrir una puerta o una compuerta. Estoy seguro de ello aún en las tormentas más fulminantes.

En tanto que acto de resistencia en su máxima plenitud no puedo sino manifestar mi júbilo al encontrarme por obra del azar o de Dios con esta dedicatoria que Patricia tuvo la deferencia de plasmar y regalarnos a mi familia y a mí bajo la forma del don. Estando yo ausente en ese preciso momento, por circunstancias de destino desdichado, de confinamiento, pero haciendo un llamado a que lo estuviera en lo inmediato, casi exigiéndolo. Lo que efectivamente así ocurrió. Y a estas horas, en este día, hago un acto de presencia, cabal, total, absoluto e incondicional en mi afecto, mi aprecio, mi fidelidad y mi respeto en este texto crítico modesto, que dirijo a Patricia, que no aspira a una hermenéutica profunda, sino a trazar algunas líneas interpretativas muy a grandes rasgos, pero, mucho más lejos aún, desde mi punto de vista, a trazar el contorno de un vínculo que en el momento de crispación de una historia, al igual que el del país, fue serenado por su poesía con un silencio, con el llamado a un silencio, con una meditación refrescante y una fe que trajo la calma y que fue la que inequívocamente sostuvo a muchos y nos sostuvo en tiempos revueltos, como esas barcas que atraviesan mares atribulados. “No se turbe vuestro corazón”, dice Cristo por allí en La Biblia. Pues Patricia con su libro evitó la turbación. El poema y la poeta permanecían incólumes. Listos y dispuestos para dispensar, desprejuiciada del modo más completo, la alegría, la mano solidaria, para agitar el sopor, de las primaveras gastadas. El sutil jardín colgante estallaba, humilde y grandioso a la vez.

Dos poemas del libro:

IV

Todo lo escrito suena a campana de humo
si viaja el índice de un libro mal tañido.
La literatura, mejor aún, la poesía, el simple
poema volcado sólo tiene sabor

cuando se encrespa,
cuando le crecen garras y ojos de vino,
cuando cae por los bordes de la mesa
y moja tanta aridez y tanto vinagre.

I

Si se preguntan,
señala el pan que ya no come,
la alegría que ya no derrama,
los manteles donde ya no paca su sombra.
Si te preguntan,
déjalo ocupar su espacio entre los que aún están vivos.

Adrián Ferrero, La Plata, 12 de septiembre de 2021